ECLESIASTÉS

El nombre de este libro significa “El Predicador”. La sabiduría de Dios nos es predicada aquí, por medio de Salomón, que es evidentemente el autor. Al terminar su vida, convencido de su pecado y necedad, él narra aquí, en el libro de su arrepentimiento, su experiencia para provecho del prójimo; y declara que todo bien terrenal es “vanidad y aflicción de espíritu”. Nos convence de la vanidad del mundo, y que no puede hacernos felices; de la vileza del pecado, y de su arrepentimiento, su experiencia para provecho del prójimo; y declara que todo bien terrenal es “vanidad y aflicción de espíritu”. Nos convence de la vanidad del mundo, y que no puede hacernos felices; de la vileza del pecado, y de su tendencia certera a hacernos desgraciados. Nos muestra que ningún bien creado puede satisfacer al alma, y que la felicidad ha de hallarse en Dios solo; y esta doctrina debe guiar al corazón hacia Cristo Jesús, bajo la enseñanza del bendito Espíritu.

CAPÍTULO I

Versículos 1—3. *Salomón muestra que todas las cosas humanas son vanidad.* 4—8. *El esfuerzo del hombre y la falta de satisfacción.* 9—11. *Nada nuevo hay.* 12—18. *La aflicción en procura de conocimiento.*

Vv. 1—3. *Hay mucho que aprender comparando una parte de la Escritura con otra. Aquí tenemos que contemplar a Salomón que regresa de las cisternas rotas y vacías del mundo a la Fuente del agua viva; registrando su propia necedad y vergüenza, la amargura de su desengaño, y las lecciones que aprendió. Quienes han recibido la advertencia de volverse y vivir, deben advertir a los demás de no seguir adelante y morir. —Él no dice simplemente que todas las cosas son vanas, sino que son vanidad. VANIDAD DE VANIDADES, TODO ES VANIDAD. Este el texto del sermón del predicador, al cual nunca pierde de vista en este libro. Si este mundo, en su estado presente, lo fuera todo, no sería digno de vivir por él; y la riqueza y placer de este mundo, si tuviésemos mucha, no son suficientes para hacernos felices. ¿De qué le aprovecha al hombre todo su esfuerzo? Todo lo que consigue no satisfará las necesidades del alma, ni satisfará sus deseos; no expiará los pecados del alma, ni impedirá su pérdida ¿de qué provecho será la riqueza del mundo para el alma en la muerte, el juicio o en el estado eterno?*

Vv. 4—8. *Todas las cosas cambian y nunca cesan. El hombre, después de todo su trabajo, no está más cerca de hallar reposo que el sol, el viento o la corriente del río. Su alma no encontrará reposo si no lo tiene de Dios. Los sentidos se cansan pronto, pero aún anhelan lo que no está probado.*

Vv. 9—11. *Los corazones de los hombres y sus corrupciones son las mismas ahora que en épocas anteriores; sus deseos y búsquedas, y quejas, aún las mismas. Esto debe apartarnos de tener expectativa de felicidad en la criatura, y vivificarnos para buscar las bendiciones eternas. —¡Cuántas cosas y personas de la época de Salomón fueron consideradas como muy grandes, pero ahora no hay recuerdo de ellas!*

Vv. 12—18. *Salomón probó todas las cosas y las encontró vanidad. Halló que su búsqueda de conocimiento era agotamiento, no sólo para la carne sino para la mente.*

Mientras más vio de las obras que se hacen bajo el sol, más vio la vanidad de estas; y la visión a menudo afligió su espíritu. No podía ganar satisfacción para sí mismo ni hacer ese bien a los demás, cosa que él esperaba. Aun la búsqueda de conocimiento y sabiduría dejó al descubierto la maldad y miseria del hombre; de modo que mientras más sabía, más razón veía para lamentarse y hacer duelo. Aprendamos a odiar y temer el pecado, causa de toda esta vanidad y miseria; a valorar a Cristo; a buscar reposo en el conocimiento, el amor y el servicio del Salvador.

CAPÍTULO II

Versículos 1—11. *La vanidad y aflicción de la alegría, el placer sensual, las riquezas y la pompa.* 12—17. *La sabiduría humana es insuficiente.* 18—26. *Este mundo debe usarse conforme a la voluntad de Dios.*

Vv. 1—11. Salomón pronto encontró que la alegría y el placer son vanidad. ¿Qué hace la alegría ruidosa y brillante, pero transitoria, para hacer feliz al hombre? Los múltiples inventos del corazón del hombre para obtener satisfacción en el mundo, y su cambio de una cosa a otra, son como la inquietud del hombre con fiebre. Al darse cuenta que era necedad darse al vino, en seguida prueba las costosas diversiones de los príncipes. Los pobres, cuando leen tal descripción, están prontos a sentirse descontentos. Pero el remedio contra todos esos sentimientos está en la estimación de todo por parte del autor que reconoce su resultado. Toda era vanidad y aflicción de espíritu: y las mismas cosas rendirían el mismo resultado para nosotros, que para Salomón. Teniendo comida y ropa, estemos contentos con eso. —Su sabiduría permaneció con él; un firme entendimiento con un gran conocimiento humano. Pero todo placer terrenal, cuando está desconectado con las mejores bendiciones, deja la mente tan ansiosa e insatisfecha como antes. La felicidad no surge de la situación en que somos puestos. Sólo a través de Jesucristo se puede obtener la dicha final.

Vv. 12—17. Salomón halla que el conocimiento y la prudencia son preferibles a la ignorancia y necedad, aunque la sabiduría y el conocimiento humano no harán feliz al hombre. Los hombres más doctos que mueran ajenos a Cristo Jesús, perecerán igualmente con el más ignorante; ¿y qué bien puede recomendarse en la tierra para el cuerpo en la tumba o el alma en el infierno? Y los espíritus de los hombres justos hechos perfectos no pueden quererlos. Así que si esto fuese todo, podríamos ser guiados a odiar nuestra vida, porque todo es vanidad y aflicción de espíritu.

Vv. 18—26. Nuestros corazones son muy reacios a abandonar sus expectativas de grandes cosas de parte de la criatura, pero Salomón llegó a esto finalmente. El mundo es un valle de lágrimas aun para los que tienen mucho. Véase cuán necios son los que se hacen esclavos del mundo, que no puede permitir al hombre nada mejor que sustento para el cuerpo. Lo máximo que se puede obtener en este aspecto es permitirse un uso sobrio y grato conforme a su rango y condición. Pero debemos disfrutar lo bueno *en* nuestro trabajo; debemos usar las cosas que nos hagan diligentes y alegres en los negocios mundanos. Esto es dádiva de Dios. —Las riquezas son bendición o maldición para el hombre conforme tenga o no un corazón para hacer buen uso de ellas. A los que son aceptados del Señor, les da gozo y satisfacción en su conocimiento y su amor, pero al pecador le asigna esfuerzo, tristezas, vanidad y aflicción al procurar la porción del mundo que, no obstante, después va a parar a mejores manos. Que el pecador considere seriamente su final definitivo. Procurar

una porción perdurable en el amor de Cristo y las bendiciones que concede, es el camino único al goce verdadero y satisfactorio aun de este mundo presente.

CAPÍTULO III

Versículos 1—10. *El cambio en los asuntos humanos.* 11—15. *Los inmutables consejos divinos.* 16—22. *La vanidad del poder mundano.*

Vv. 1—10. Tener la expectativa de felicidad invariable en un mundo cambiante debe terminar en el desengaño. Conducirnos a nuestro estado en la vida es nuestro deber y sabiduría en este mundo. El plan total de Dios para el gobierno del mundo es completamente sabio, justo y bueno. Entonces, aprovechemos la oportunidad favorable para todo buen propósito y toda buena obra. El tiempo de morir se acerca veloz. Así, pues, el esfuerzo y la tristeza llenan el mundo. Esto nos es dado: que siempre tengamos algo que hacer; nadie es enviado al mundo para estar de ocioso.

Vv. 11—15. Toda cosa es como Dios la hizo; no como nos parece. Tanto tenemos al mundo en nuestro corazón, tan presos estamos con pensamientos y preocupaciones de cosas mundanas que no tenemos tiempo ni espíritu para ver la mano de Dios en ellas. El mundo no sólo ha logrado la posesión del corazón; ha formado pensamientos contra la belleza de las obras de Dios. —Nos equivocamos si pensamos que nacimos para nosotros mismos; no, nuestro negocio es hacer el bien en esta vida que es corta e incierta; tenemos poco tiempo para hacer el bien, por tanto debemos redimir el tiempo. —La satisfacción con la providencia divina es tener fe en que todas las cosas ayudan a bien a los que a Dios aman. Dios hace todo para que los hombres teman ante Él. El mundo fue y será como es. No nos ocurre cambio, ni tentación alguna nos ha sobrevenido que no sea humana, común a los hombres.

Vv. 16—22. Sin el temor al Señor el hombre no es sino vanidad; déjalo de lado y los jueces no usarán bien su poder. Hay otro Juez que está a la puerta. Con Dios hay tiempo para el arreglo de las aflicciones aunque todavía no lo veamos. Salomón parece expresar su deseo de que los hombres se den cuenta que al elegir este mundo como su porción, se ponen a un nivel con las bestias, sin ser libres, como ellas, de las aflicciones presentes y de la cuenta futura. Ambos retornan al polvo del cual fueron tomados. ¡Qué poca razón tenemos de enorgullecernos de nuestro cuerpo o de los logros corporales! Pero como nadie puede comprender perfectamente, pocos son los que consideran de manera apropiada la diferencia entre el alma racional del hombre y el espíritu o vida de la bestia. El espíritu del hombre asciende para ser juzgado y, luego, es puesto en un estado inmutable de felicidad o miseria. Es tan cierto como que el espíritu de la bestia desciende a la tierra; perece en la muerte. Es por cierto lamentable el caso de los que tienen como sus esperanzas y deseos más altos, morir como las bestias. Que nuestra pregunta sea: ¿cómo puede una eternidad de existencia ser para nosotros una eternidad de placer? Responder esto es el gran designio de la revelación. Jesús es revelado como el Hijo de Dios y esperanza de los pecadores.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—3. *Desgracias de la opresión.* 4—6. *Problemas de la envidia.* 7, 8. *La*

necedad de la codicia. 9—12. *Las ventajas de la ayuda mutua.* 13—16. *Los cambios de la realeza.*

Versículos 1—3. Le apena a Salomón ver que la fuerza prevalece contra el derecho. Donde quiera nos volvamos vemos pruebas tristes de la maldad y miseria de la humanidad que trata de crear problemas para sí mismos y unos a otros. —Siendo así duramente tratados, los hombres se tientan a odiar y despreciar la vida. Pero el hombre bueno, aunque en mala condición mientras está en este mundo, no puede tener causa para desear no haber nacido nunca, puesto que él está glorificando al Señor, aun en el fuego de las tribulaciones, y al final será feliz, por siempre feliz. Los impíos tienen mucha razón para desear la continuación de la vida con todas sus aflicciones, porque los espera un estado mucho más desgraciado si mueren en sus pecados. —Si las cosas humanas y mundanas fueran nuestro sumo bien, no existir sería preferible a la vida, considerando las diversas opresiones que hay aquí abajo.

Vv. 4—6. Salomón toma nota de la fuente de problemas peculiares a los bienhechores e incluye a todos los que trabajan con diligencia y cuyos esfuerzos son coronados con éxito. A menudo llegan a ser grandes y prósperos, pero esto despierta envidia y oposición. Otros, viendo las aflicciones de una vida activa, esperan neciamente más satisfacción de la pereza y del ocio. Pero el ocio es pecado que, en sí mismo, es su castigo. —Por medio de una actividad honesta tomemos un puñado, para que no nos falte lo necesario, pero no tomemos a manos llenas, porque eso sólo crearía aflicción de espíritu. Los dolores y las ganancias moderadas son lo mejor.

Vv. 7, 8. Mientras más tienen los hombres, suelen desear más, y en esto ponen tanto esfuerzo que no disfrutan lo que ya tienen. El egoísmo es la causa de este mal. El hombre egoísta no se interesa en nadie; no hay de quien cuidar, sino de sí mismo, pero escasamente se permite el reposo necesario para sí y para la gente que emplea. Nunca piensa que tiene suficiente. Tiene suficiente para sus compromisos, para su familia, pero no tiene suficiente según su criterio. Muchos están tan metidos en el mundo que, por ir en pos de éste, se privan a sí mismos, no sólo del favor de Dios y de la vida eterna, sino de los placeres de esta vida. Los parientes lejanos o los extraños que heredan la riqueza de un hombre así, nunca le agradecen. La codicia adquiere fuerzas con el tiempo y la costumbre; los hombres que hacen equilibrios al borde de la tumba, se ponen más ambiciosos y avaros. ¡Sí, cuán a menudo vemos hombres que profesan ser seguidores de Aquel que, “aunque era rico por nosotros se hizo pobre”, y juntan ansiosamente dinero y lo guardan muy bien, disculpándose con las excusas comunes que hablan de la necesidad de cuidarse, y del peligro de la extravagancia!

Vv. 9—12. Seguro que tiene más satisfacción en la vida el que trabaja duro para mantener a los que ama, que el avaro en su trabajo. —En todas las cosas la unión tiende al éxito y a la seguridad, pero por sobretodo, la unión de los cristianos. Ellos se asisten unos a otros exhortándose o reprendiéndose amistosamente. Dan calor a los corazones uno al otro, mientras juntos hablan del amor de Cristo, o se unen para cantar sus alabanzas. Entonces, mejoremos nuestras oportunidades de comunión cristiana. En estas cosas *no* todo es vanidad aunque habrá algo de eso en la medida que estemos bajo el sol. Donde haya dos estrechamente unidos en santo amor y comunión, Cristo vendrá a ellos por su Espíritu; entonces, hay un cordón triple.

Vv. 13—16. La gente nunca está cómoda y satisfecha por largo tiempo; son aficionados al cambio. Esto no es novedad. Los príncipes se ven tratados a la ligera por aquellos a quienes habían pensado obligar haciéndoles favores; esto es vanidad y aflicción de espíritu.

Pero los siervos dispuestos del Señor Jesús, nuestro Rey, se regocijan solo en Él, y le amarán más y más por toda la eternidad.

CAPÍTULO V

Versículos 1—3. *Lo que hace vana la devoción.* 4—8. *De los votos y la opresión.* 9—17. *Demostración de la vanidad de las riquezas.* 18—20. *El uso correcto de las riquezas.*

Vv. 1—3. Ve al culto de Dios y dedica tiempo a fin de prepararte para Él. Evita que tus pensamientos divaguen y deambulen; guarda tus afectos para que no corran hacia objetos indebidos. Debemos evitar las repeticiones vanas; aquí no se condenan las oraciones copiosas, sino las que no tienen sentido. ¡Cuán a menudo nuestros pensamientos errabundos prestan atención a las ordenanzas divinas apenas mejor que el sacrificio de los necios! Las muchas palabras, y las presurosas, usadas en la oración, demuestran la necedad del corazón, los bajos pensamientos sobre Dios y los pensamientos desconsiderados de nuestras propias almas.

Vv. 4—8. Cuando una persona hace voto apresuradamente, permite que su boca haga pecar su carne. El caso supone a un hombre que va donde el sacerdote pretendiendo que su voto fue hecho precipitadamente, y que sería malo cumplirlo. Tal burla de Dios acarrea el descontento divino, que podría maldecir lo que indebidamente no se cumplió. —Tenemos que suprimir el miedo al hombre. Pon a Dios delante de ti; entonces, si ves la opresión del pobre, no hallarás falta en la providencia divina ni pensarás lo peor de la institución del magistrado, cuando veas el final de lo que así fue pervertido; ni de la religión cuando veas que no resguarda a los hombres de sufrir el mal; pero aunque los opresores pudieran estar seguros, Dios reconocerá todo.

Vv. 9—17. La bondad de la providencia es distribuida más igualitariamente de lo que parece al observador descuidado. Al rey le faltan las cosas corrientes de la vida y el pobre las comparte; éste se deleitan con su bocado más que aquel en sus lujos. Hay deseos corporales que la misma plata no satisfará, mucho menos la abundancia mundana satisfará deseos espirituales. Mientras más tienen los hombres, mejor es la casa que deben mantener, más sirvientes deben emplear, más invitados deben agasajar, y más gente dependerá de ellos. —El sueño del trabajador es dulce, no sólo porque está cansado, sino porque tiene pocas preocupaciones que interrumpan su sueño. El sueño del cristiano diligente, y su sueño largo, son dulces; habiéndose entregado él mismo y su tiempo al servicio de Dios, puede reposar alegremente en Dios como su Reposo. Pero los que tienen todo lo demás, a menudo no logran asegurar una buena noche de sueño; su abundancia interrumpe su reposo. Las riquezas hieren y alejan el corazón de Dios y del deber. Los hombres se hieren con sus riquezas, no sólo gratificando sus lujurias sino oprimiendo al prójimo, y tratándolo duramente. Verán que han trabajado para el viento cuando, al morir, hallen que el provecho de sus trabajos se fue como el viento, sin saber adónde. ¡Cuán mal soporta el mundano codicioso las calamidades de la vida humana! Él no se apena para arrepentirse, sino se enoja con la providencia de Dios, se enoja por todo acerca de él; esto dobla su aflicción.

Vv. 18—20. La vida es don de Dios. No debemos ver nuestra ocupación como trabajo de esclavo, sino complacernos en la vocación en que Dios nos pone. Un espíritu alegre es

una gran bendición; facilita el empleo y aligera las aflicciones. Habiendo hecho el uso apropiado de las riquezas, el hombre recordará los días de su vida pasada con placer. La manera en que Salomón se refiere a Dios como el Dador de la vida y de sus deleites, demuestra que ellos deben aceptarse y usarse de manera coherente con su voluntad y para su gloria. —Que este pasaje recomiende a todos las palabras amables del Redentor misericordioso: "trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece". Cristo es el Pan de vida, el único alimento del alma. Todos están invitados a participar de esta provisión celestial.

CAPÍTULO VI

Versículos 1—6. *La vanidad de las riquezas.—También de la vida larga y las familias florecientes.* 7—12. *El poco provecho que uno tiene en las cosas externas.*

Vv. 1—6. El hombre suele tener todo lo que necesita para el goce externo, pero el Señor lo deja librado a la codicia o a malas disposiciones para que no use bien ni cómodamente lo que tiene. Por uno y otro medio sus posesiones van a los extraños; esto es vanidad y mal doloroso. —Una familia numerosa era cuestión de entrañable deseo y de mucha honra para los hebreos; una vida larga es el deseo de la humanidad en general. Aun con estos agregados, el hombre puede no ser capaz de disfrutar sus riquezas, familia, y vida. Tal hombre, en su paso por la vida, parece haber nacido para ningún fin ni utilidad. El que ha entrado a la vida sólo por un momento, para dejarla en el siguiente, tiene una suerte preferible al que ha vivido mucho, pero sólo para sufrir.

Vv. 7—12. Un poco de voluntad sirve para sostenernos cómodamente y mucha no puede hacer más. Los deseos del alma nada satisfactorio encuentran en la riqueza del mundo. El hombre pobre tiene consuelo como el más rico, y no está en desventaja real. —No podemos decir: Mejor es la visión de los ojos que el reposo del alma en Dios; porque mejor es vivir por fe en las cosas venideras que vivir por los sentidos que habitan sólo en las cosas presentes. Nuestra suerte está echada. Tenemos lo que place a Dios y que eso nos plazca. Las mayores posesiones y honores no pueden ponernos por encima de los sucesos corrientes de la vida humana. Viendo que las cosas que persiguen los hombres en la tierra, aumentan las vanidades, ¿es mejor el hombre por sus cosas terrenales? —Nuestra vida en la tierra debe ser contada por días. Es pasajera e incierta y con poco a qué aficionarse o en qué depender. Volvamos a Dios, confiemos en su misericordia por medio de Jesucristo y sometámonos a su voluntad. Entonces pronto nos deslizaremos a través de este mundo de aflicción, y nos hallaremos en ese lugar feliz donde hay plenitud de gozo y deleites para siempre.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—6. *El beneficio del buen nombre; de la muerte sobre la vida; de la pena sobre la alegría vana.* 7—10. *Tocante a la opresión, la ira y el descontento.* 11—22. *Ventajas de la sabiduría.* 23—29. *Experiencia de la maldad del pecado.*

Vv. 1—6. La reputación de piedad y honestidad es más deseable que toda la riqueza y el placer de este mundo. Es mejor ir a un funeral que a una fiesta. Podemos ir a ambas, según

haya ocasión; nuestro Salvador festejó en la boda de su amigo de Canaán y lloró en la tumba de su amigo de Betania. Sin embargo, considerando cuán dados somos a ser vanos y dar el gusto a la carne, mejor es ir a la casa del luto para aprender el fin del hombre en este mundo. —La seriedad es mejor que la alegría y el júbilo. Es mejor para nosotros lo que es mejor para nuestra alma aunque sea desagradable para los sentidos. Mejor es mortificar nuestra corrupción por la reprensión del sabio que gratificarla con el canto de los necios. La risa del necio se va pronto, el fin de su alegría es la pesadumbre.

Vv. 7—10. Los eventos de nuestras pruebas y dificultades suelen ser mejores que lo que pensamos primero. Ciertamente es mejor ser paciente de espíritu que orgulloso y apresurado. No te enojes rápido ni te apresures a sentirte afrentado. No te enojes por mucho tiempo; aunque la ira pueda estar en el seno del sabio, pasa por ahí como hombre en viaje; se queda sólo en el seno de los necios. —Necedad es lamentar la maldad de nuestro tiempo, cuando tenemos más razón para llorar por la maldad de nuestro corazón; y aun en estos tiempos disfrutamos de muchas misericordias. Necedad es llorar por la bondad de tiempos pasados, como si en los tiempos pasados hubieran las mismas cosas que lamentar que tenemos nosotros; esto surge del descontento y de la disposición a contender con el mismo Dios.

Vv. 11—22. La sabiduría es tan buena como una herencia, sí, mejor. Protege de las tormentas y del calor quemante de la tribulación. La riqueza no alarga la vida natural, pero la sabiduría verdadera da vida espiritual y fortalece a los hombres para servir sujetos a sus sufrimientos. —Miremos la disposición de nuestro estado como obra de Dios, y al final, todo resultará haber sido para mejor. En obras de justicia no te dejes llevar por los calores o pasiones, no, no por el celo por Dios. No te engañes sobre tus habilidades ni critiques todo, ni te ocupes con los asuntos de otros hombres. —Muchos que no serán tocados por el temor a Dios, y el terror al infierno, evitarán pecados que arruinen su salud y patrimonio, y los expongan a la justicia pública. Pero los que temen verdaderamente a Dios, tienen un sólo fin al servir, por tanto, actúan con firmeza. —Si decimos que no pecamos nos engañamos. Todo creyente verdadero está listo para decir: Dios ten misericordia de mí pecador. Al mismo tiempo, no olvides que la justicia personal, el andar en la nueva vida, es la única prueba real de interés por la fe en la justicia del Redentor. —La sabiduría nos enseña a no ser rápidos para resentirnos por las afrentas. No desees saber qué dice la gente; si hablan bien de ti, se alimentará tu orgullo; si hablan mal, incitará tu pasión. Preocúpate de ser aprobado ante Dios y tu propia conciencia, y entonces, no oigas lo que dicen de ti los hombres; es más fácil pasar por veinte afrentas que vengar una. Cuando se nos hace daño, examinemos si no hemos hecho mal a otros.

Vv. 23—29. Salomón, en su indagatoria en la naturaleza y razón de las cosas, había sido miserablemente engañado. Pero aquí habla con santo pesar. El que solo apunta constantemente a complacer a Dios, puede tener la expectativa de escapar; el pecador indiferente caerá, probablemente para no levantarse más. —Ahora él descubre más que nunca el mal del gran pecado del cual había sido culpable: amar a mujeres extrañas, 1 Reyes xi, 1. No había hallado una mujer cabalmente recta y piadosa. ¿Cómo podía encontrarla entre las que había coleccionado? Si alguna de ellas hubiera estado bien dispuesta, la situación de ellas tendería a volverlas a todas casi del mismo carácter. Aquí él advierte a los demás contra los pecados en que él fue traicionado. Más de un varón piadoso puede reconocer, agradecido, que ha hallado una mujer prudente y virtuosa en la esposa de sus entrañas, pero los que han seguido la senda de Salomón, no pueden esperar hallar una. —Atribuye todas las corrientes de la transgresión presente a la fuente. Claro es que el

hombre es corrompido y rebelde, y no como fue hecho. Lamentable es que el hombre, a quien Dios hizo recto, haya hallado tantos caminos para volverse malo y desgraciado. Bendigamos a Dios por Jesucristo y busquemos su gracia para ser contados con su pueblo elegido.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—5. *Recomendaciones de la sabiduría.* 6—8. *Prepararse para los males súbitos y la muerte repentina.* 9—13. *Al justo le irá bien y mal al malo.*

Vv. 1—5. Ninguno de los ricos, poderosos, honorables o cumplidos hijos de los hombres son tan excelentes, útiles o felices como el hombre sabio. ¿Quién más puede interpretar las palabras de Dios o enseñar bien sus verdades y dispensaciones? —¡Qué locura debe ser para criaturas débiles y dependientes rebelarse contra el Todopoderoso! ¡Cuántos se forman juicios equivocados y se acarrean desgracias a sí mismos en esta vida y en la venidera!

Vv. 6—8. En su sabiduría Dios nos ha resguardado del conocimiento de los hechos futuros para que siempre estemos preparados para los cambios. Todos debemos morir, la fuga, ni escondernos nos puede salvar, ni hay armas para resistir eficazmente. Noventa mil mueren por día, más de sesenta por minuto, y uno cada segundo. ¡Qué pensamiento tan solemne! ¡Oh, que los hombres fueran sabios, que entendieran estas cosas, que consideraran su final definitivo! Solo el creyente está preparado para comparecer a la solemne convocatoria. La maldad, por la cual los hombres suelen escapar de la justicia humana, no puede salvar de la muerte.

Vv. 9—13. Salomón observa que muchas veces un hombre manda sobre otro para su propio daño, y que la prosperidad los endurece en su maldad. Los pecadores se engañan por esto. La venganza llega lentamente, pero llega con toda seguridad. Los días de un hombre bueno pueden tener algo de sustancia; él vive con un buen propósito; los días del hombre malo son todos como sombra, vacíos y sin valor. Oremos para ver las cosas eternas como cercanas, reales y de importancia absoluta.

Vv. 14—17. Solo la fe puede estabilizar el corazón en este escenario confuso, donde el justo sufre a menudo y prospera el malo. Salomón recomienda el gozo y la santa seguridad mental, que surgen de la confianza en Dios, porque el hombre no tiene cosa mejor *bajo el* sol que usar sobria y agradecidamente las cosas de esta vida conforme a su rango, aunque el bueno tiene cosas muchos mejores *más allá* del sol. —Él no quisiera que nosotros tratáramos de dar una explicación de lo que Dios hace. Pero dejando que el Señor aclare todas las dificultades a su propio tiempo, podemos alegremente disfrutar de consuelo y tolerar las pruebas de la vida; mientras permanezcan en nosotros la paz de conciencia y el gozo en el Espíritu Santo, a través de todos los cambios externos, y cuando la carne y el corazón fallen.

CAPÍTULO IX

Versículos 1—3. *A los hombres buenos y a los malos les va igual en este mundo.* 4—10. *Todo hombre debe morir.—Su porción en esta vida.* 11, 12. *Las desilusiones corrientes.* 13—18. *Los beneficios de la sabiduría.*

Vv. 1—3. No tenemos que pensar que nuestra búsqueda en la palabra o las obras de Dios sea inútil porque no podamos explicar todas las dificultades. Podemos aprender muchas cosas buenas para nosotros mismos y útiles para los demás. Pero el hombre no puede decidir siempre quién es objeto del amor especial de Dios o quién está sometido a su ira; ciertamente Dios hará una diferencia entre lo precioso y lo vil, en el otro mundo. La diferencia en cuanto a la felicidad presente surge de los apoyos y consuelos interiores que disfruta el justo, y el beneficio que deriva de las diversas pruebas y misericordias. En cuanto a los hijos de los hombres concierne, son dejados a sí mismos, sus corazones llenos de mal, y la prosperidad en pecado les hace desafiar a Dios, atreviéndose a hacer el mal. Aunque a este lado de la muerte a menudo parece que al justo y al malo les va igual, al otro lado habrá una diferencia inmensa entre ellos.

Vv. 4—10. El patrimonio del hombre vivo más despreciable es preferible al del más noble que muere impenitente. Salomón exhorta al sabio y piadoso a confiar alegremente en Dios cualquiera sea su condición en la vida. El bocado más vil, viniendo del amor de su Padre, como respuesta a la oración, tendrá un deleite peculiar. No que establezcamos nuestros corazones en los deleites sensuales, sino que podamos usar con sabiduría lo que Dios nos ha dado. El gozo aquí descrito es la alegría del corazón que brota del sentido del favor divino. —Este es el mundo del servicio; el venidero es el mundo de la recompensa. Todos en sus posiciones pueden hallar alguna obra que hacer. Y por sobre todo, los pecadores tienen que cuidar de la salvación de su alma, los creyentes tienen que probar su fe, adornar el evangelio, glorificar a Dios y servir a su generación.

Vv. 11, 12. El éxito de los hombres rara vez iguala a sus expectativas. Debemos usar los medios, pero no confiar en ellos: si triunfamos debemos alabar a Dios; si fracasamos, debemos someternos a su voluntad. Los que postergan la gran preocupación por sus almas, son atrapados en la red de Satanás, en la cual él pone como carnada algún objeto mundano, por el cual ellos rechazan o descuidan el evangelio y siguen pecando hasta que, súbitamente, caen en la destrucción.

Vv. 13—18. Por su sabiduría el hombre puede hacer que ocurra lo que nunca haría por su fuerza. Si Dios es por nosotros, ¿quién puede estar contra nosotros, o resistir ante nosotros? Salomón observa el poder de la sabiduría, aunque pueda esforzarse mucho bajo las desventajas externas. ¡Cuán persuasivas son las palabras rectas! Pero los hombres sabios y buenos a menudo deben contentarse con la satisfacción de haber hecho algo bueno o, al menos, haberse propuesto hacerlo, cuando no pueden hacer el bien que quisieran, ni tener la alabanza que debieran. —¿Cuántos de los buenos dones, tanto de la naturaleza como de la providencia, destruye y despilfarra un pecador? El que destruye su alma, destruye mucho bien. Un pecador puede llevar a muchos a sus caminos destructores. Véase quiénes son los amigos y los enemigos de un reino o una familia, un santo hace mucho bien, y un pecador destruye mucho bien.

CAPÍTULO X

Versículos 1—3. *Preservar el carácter para la sabiduría.* 4—10. *Respecto de súbditos y reyes.* 11—15. *Del hablar necio.* 16—20. *Deberes de reyes y súbditos.*

Vv. 1—3. Los que profesan la religión deben, especialmente, guardarse de toda apariencia

de mal. El sabio tiene una gran ventaja sobre el necio, que siempre pierde cuando tiene algo que hacer. El pecado es el reproche de los pecadores, donde quiera que vayan, y muestra la necedad de ellos.

Vv. 4—10. Salomón parece advertir a los hombres que no procuren reaccionar de modo apresurado ni ceder al orgullo y la venganza. No dejes, por una pasión, tu puesto del deber; espera un poco y verás que ceder apacigua grandes ofensas. —Los hombres no son preferidos conforme a su mérito. Los que más a menudo salen adelante para ofrecer ayuda, son los que menos conscientes están de las dificultades o de las consecuencias. —El mismo comentario se aplica a la iglesia o cuerpo de Cristo, en que todos los miembros deben tener el mismo interés unos por otros.

Vv. 11—15. Hay una costumbre en el Oriente que es encantar serpientes con música. La lengua del charlatán es un mal descontrolado, lleno de veneno mortal; y la contradicción sólo la hace más violenta. Debemos encontrar la manera de mantenerlo tranquilo, pero, por el hablar precipitado, sin principios o calumniador, él se acarrea a sí mismo la venganza franca o en secreto. —Si consideráramos debidamente nuestra propia ignorancia de los sucesos futuros, se disminuirían muchas palabras ociosas que multiplicamos neciamente. —Los necios se esfuerzan mucho sin propósito. No entienden las cosas más simples, tal como la entrada a una gran ciudad. Pero es la excelencia del camino a la ciudad celestial la que es una autopista, en que no errarán los viajeros más sencillos, Isaías xxxv, 8. Pero la necedad pecaminosa hace que los hombres pierdan el único camino a la felicidad.

Vv. 16—20. La felicidad de una tierra depende del carácter de sus reyes. El pueblo no puede ser feliz cuando sus príncipes son pueriles y amantes del placer. La pereza es de mala consecuencia, tanto para los asuntos públicos como para los privados. El dinero, de por sí, no alimenta ni viste, aunque responde a las ocasiones de esta vida, puesto que lo que se ha de tener, por lo general, se obtiene por dinero. Pero el alma, que no sea redimida, no se mantiene con cosas corruptibles como el oro y la plata. —Dios ve lo que hacen los hombres y oye lo que dicen en secreto; y, cuando le place, lo saca a la luz por maneras extrañas e insospechadas. Si hay riesgo en los pensamientos y susurros secretos contra los reyes terrenales, ¿cuál debe ser el peligro de cada obra, palabra o pensamiento de rebeldía contra el Rey de reyes y Señor de señores? Él ve en secreto. Su oído siempre está abierto. ¡Pecador, no maldigas al REY en tu pensar más íntimo! Tus maldiciones no pueden afectarle, pero su maldición, descendiendo sobre ti, te hundirá en lo más profundo del infierno.

CAPÍTULO XI

Versículos 1—6. *Exhortación a la generosidad.* 7—10. *Amonestación a prepararse para la muerte y a los jóvenes, a ser religiosos.*

Vv. 1—6. Salomón insta a los ricos a hacer el bien al prójimo. Dar generosamente, aunque parezca que se tira y se pierde. Dar a muchos. No te excuses del bien que tienes aún para hacer, con un bien que ya hiciste. No se pierde, sino que es un bien depositado. Tenemos razón para esperar el mal, porque nacimos problemas; sabiduría es hacer el bien en el día de la prosperidad. —Las riquezas no nos pueden aprovechar si no beneficiamos a los demás. Todo hombre debe trabajar para ser una bendición en el lugar donde la providencia de Dios lo ponga. Donde estemos podemos hallar buena obra que hacer, si tenemos el corazón

dispuesto. —Si magnificamos cada pequeña dificultad, planteamos objeciones y penurias fantásticas, nunca iremos adelante y, mucho menos, terminaremos con nuestra obra. Los vientos y las nubes de la tribulación están en las manos de Dios preparados para probarnos. La obra de Dios será según su palabra, sea que lo veamos o no. Bien podemos confiar en que Dios nos provea, sin nuestros afanes ansiosos e inquietos. No te canses de hacer el bien, porque, a su tiempo, en el tiempo de Dios, cosecharás, Gálatas vi, 9.

Vv. 7—10. La vida es dulce para los hombres malos, porque ellos tienen su porción en esta vida; es dulce para los buenos, porque es el tiempo de preparación para lo mejor; es dulce para todos. Aquí hay una advertencia para pensar en la muerte aun cuando la vida sea más dulce que nunca. —Salomón hace un discurso que afecta a la gente joven. Ellos desean la oportunidad para perseguir cada placer. Entonces, sigue tus deseos, pero ten la seguridad de que Dios te llamará a juicio. ¡Cuántos dan rienda suelta a todo apetito y corren a todo placer vicioso! Pero Dios registra cada uno de sus pensamientos y deseos pecadores, sus palabras ociosas y palabras malas. Si ellos quieren evitar el remordimiento y el terror, si quieren tener esperanza y consuelo en el lecho de muerte, si quieren escapar de la miseria aquí y en el más allá, recuerden la vanidad de los placeres juveniles. —Evidente es que Salomón quiere condenar los placeres del pecado. Su objetivo es llevar al joven a deleites más duraderos y más puros. Este no es el lenguaje de uno que regaña de los placeres juveniles porque no puede participar ya más de ellos; si no el de quien, por milagro de misericordia, ha sido llevado de vuelta a la seguridad. Él persuadirá al joven de probar un rumbo del cual tan pocos regresan. Si el joven quiere vivir una vida de felicidad verdadera, si quiere asegurarse la felicidad en el más allá, que se acuerde de su Creador en los días de su juventud.

CAPÍTULO XII

Versículos 1—7. *Descripción de las enfermedades de la vejez.* 8—14. *Todo es vanidad: también una advertencia del juicio venidero.*

Vv. 1—7. Debemos acordarnos de los pecados cometidos contra nuestro Creador, arrepentirnos, y pedir perdón. Debemos recordar nuestro deber y afrontarlo, buscando en Él la gracia y el poder. Esto debe hacerse temprano, mientras el cuerpo es fuerte y el espíritu activo. Cuando el hombre siente dolor al revisar una vida malgastada, de no haber abandonado el pecado ni las vanidades del mundo hasta que se ve obligado a decir: yo no tengo en ellos contentamiento, su sinceridad se vuelve muy cuestionable. Luego, sigue una descripción figurada de la vejez y sus dolencias, la cual tiene ciertas dificultades, pero el significado es claro: mostrar cuán incómodos son, por lo general, los días de la vejez. Como los cuatro versículos, 2—5, son una descripción figurativa de las enfermedades que habitualmente acompañan a la vejez, así, el versículo 6, comenta las circunstancias que acompañan la hora de la muerte. Si el pecado no hubiera entrado al mundo, no se hubieran conocidos estas enfermedades. Ciertamente, entonces, el viejo debiera reflexionar en el mal del pecado.

Vv. 8—14. Salomón repite su texto: VANIDAD DE VANIDADES, TODO ES VANIDAD. Estas son las palabras de uno que podía hablar por propia y cara experiencia de la vanidad del mundo, que nada puede hacer para aliviar a los hombres de la carga del pecado. —Al considerar el valor de las almas, presta buena atención a lo que dijo y

escribió: palabras de verdad que siempre serán palabras aceptables. Las verdades de Dios son como aguijones para quienes son torpes y alejados; y clavos para los que andan descarriados y desviados; medios de estabilizar al corazón a fin de que nunca nos apartemos de nuestro deber ni seamos quitados de este. —El Pastor de Israel es el Dador de la sabiduría inspirada. Todos los maestros y los guías reciben sus comunicaciones. El título se aplica en la Escritura al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios. Los profetas inquirieron y diligentemente indagaron qué persona y qué tiempo, indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, cuando anunciaron de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. —Escribir muchos libros no era adecuado para la corta vida humana, y sería cansancio para el escritor y el lector; entonces era mucho más para ambos de lo que es ahora. Todas las cosas serían vanidad y aflicción, a menos que condujesen a esta conclusión: temer a Dios y obedecer sus mandamientos es el todo del hombre. El temor de Dios incluye en sí todos los afectos del alma, los que son producidos por el Espíritu Santo. Puede haber terror donde no hay amor, sí, donde hay odio. Pero esto es diferente del gracioso temor de Dios, como los sentimientos de un niño afectuoso. A menudo se pone en el corazón el temor de Dios como el todo de la religión verdadera, lo que comprende sus resultados prácticos en la vida. —Atendamos a lo único necesario y, ahora, vayamos a Él como Salvador misericordioso, que pronto vendrá como Juez todopoderoso, cuando saque a la luz las cosas de las tinieblas y exponga los consejos de todos los corazones. ¿Por qué Dios registra en su palabra que TODO ES VANIDAD sino para impedir que nos engañemos para nuestra ruina? Él hace que nuestro deber sea nuestro interés. Que se grabe en nuestros corazones: Teme a Dios y guarda sus mandamientos porque esto es el todo del hombre.

***